

Más de tres mil ferroviarios asistieron a las conferencias cuaresmales...

EN DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTISTICO DE CASTILLA

Pintura hispano-flamenca de la región castellano-leonesa. El retablo de la Iglesia de Santa Marina, de Mayorga de Campos



CASTILLA tiene diseminada en pueblos y hasta en aldeas gran parte de la mejor herencia artística de su pasado...

obra monumental, parte primera, capítulo XLVII, estudia estas piezas del maestro Palanquinos...

se por sus propios medios para conservar esta riqueza de la comunidad castellana...

A esto se une que esta iglesia de Arbas, de Mayorga, uno de los contados ejemplares insustituibles de esta escuela hispano-flamenca del siglo XV...

Ninguno de estos problemas del arte castellano diseminado por las viejas villas venidas a menos escapa a la mirada protectora de esta institución...

Actualidad vallisoletana en el Vaticano y en Madrid

CONSIGNABAMOS hace días entre los actos de desprendimiento a favor del Seminario el de la suma recaudada en espontáneo tributo a tan alto destino por los necesitados que acuden a comer en la Cocina de San Vicente...

Sin salir de lo que toca a la Archidiócesis nos encontramos hoy con otro motivo de satisfacción al saber que en este día la Semana Santa de Valladolid tendrá un ilustre vocero en Madrid en la persona del canónigo de esta Iglesia don Marcelo González...

La Semana Santa en "La Voz de Valladolid"

Emisiones especiales durante los días de Pasión

DOMINGO DE RAMOS
SOBREMESA:
12,30.—Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE:
16,15.—«La Hora del Socio».
17,15.—Melodías clásicas y modernas, en versión de las más célebres y afamadas orquestas americanas.

MARTES SANTO
SOBREMESA:
12,30.—Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE:
19,30.—Sintonía, apertura y lectura de programas.

MIERCOLES SANTO
SOBREMESA:
12,30.—Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE:
19,30.—Apertura y lectura de programas.

JUEVES SANTO
SOBREMESA:
12,30.—Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE:
19,30.—Apertura y lectura de programas.

VIERNES SANTO
SOBREMESA:
11,35.—Apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE:
12,00.—Retransmisión directa del Sermón de las Siete Palabras que se dirá en la Plaza Mayor de Valladolid ante el paso «El Señor crucificado entre dos ladrones».

NOCHE:
20,45.—Apertura.

RADIO VALLADOLID
PROGRAMA PARA HOY
MATINAL.—10: Retransmisión desde la Iglesia de Santiago de la Santa Misa dedicada a enfermos e impedidos.

SOBREMESA.—12,30: Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE.—18,55: Sintonía, apertura y lectura de programas.

PROGRAMA PARA HOY
MATINAL.—10: Retransmisión desde la Iglesia de Santiago de la Santa Misa dedicada a enfermos e impedidos.

SOBREMESA.—12,30: Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE.—18,55: Sintonía, apertura y lectura de programas.

PROGRAMA PARA HOY
MATINAL.—10: Retransmisión desde la Iglesia de Santiago de la Santa Misa dedicada a enfermos e impedidos.

SOBREMESA.—12,30: Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE.—18,55: Sintonía, apertura y lectura de programas.

PROGRAMA PARA HOY
MATINAL.—10: Retransmisión desde la Iglesia de Santiago de la Santa Misa dedicada a enfermos e impedidos.

SOBREMESA.—12,30: Sintonía, apertura y lectura de programas.

TARDE Y NOCHE.—18,55: Sintonía, apertura y lectura de programas.

El cine

En CALDERON

«Investigación criminal»

Podemos encuadrar esta película, sin temor a equivocarnos, en la serie de las buenas películas de argumento policíaco.

Podemos decir de «Investigación Criminal» que es una película en la que, nada nuevo sucede de cuanto hayamos visto ya en producciones anteriores del mismo estilo.

REGIDOR

En COCA

«Las dos Carlotas»

No llegan con frecuencia a las pantallas españolas ejemplos de la actual producción cinematográfica alemana y por ello cuando uno de esos ejemplos aparece no deja de interesar al aficionado.

«Las dos Carlotas» es una película que se mantiene de principio a fin en un plano de discreción muy acentuado por la nota sentimental del argumento.

Cine en el Frente de Juventudes

En el teatro del Frente de Juventudes, y en sesión dedicada a sus afiliados, se proyectará hoy la película titulada «Loja la Piconera».

Teatro en el Hogar de la Falange

Se pone en conocimiento de socios y familiares que hoy, día 3, en funciones de cuatro tarde y siete y media (vermut), se pondrá en escena en nuestro salón de actos por el conjunto de Angel Velasco el gran poema dramático en verso, original de don José María Pemán, de la Real Academia Española, titulada «El Divino Impaciente».

Pregón de la SEMANA SANTA

Pronunciado en el Salón de Actos del Palacio Municipal, por el ilustre orador sagrado D. MARCELO GONZALEZ, Canónigo de la S. I. C. de Valladolid

UN poco oprimido por el peso de la responsabilidad que me he echado encima, me presento hoy ante vosotros con bastante desconfianza en cuanto a salir airosos del empeño, pero con tranquilidad suficientemente compensatoria porque se me permite declarar que, al estar yo aquí, no hago más que obedecer, con mucho gusto, desde luego, a los ruegos de quien puede hacerme con eficaz fuerza impetratoria. Nuestro Alcalde tiene la culpa de que yo considere un honor el acceder a su invitación, aunque no lo sea tanto para vosotros el escuchar mis palabras.

Es cosa difícil hacer dignamente el Pregón de la Semana Santa de Valladolid en Valladolid. Porque la palabra es torpe cuando los ojos ven. Y mucho más si, como ocurre en este caso, lo que ven los ojos es algo que tiene la anchura del océano y la profundidad del espíritu: dos dimensiones, señoras y señores, que suspenden el ánimo del que contempla y le obligan dulcemente a entregarse a una estática y arrobadora quietud, frente a la cual hasta el susurro de una palabra dicha con amor puede parecer profanadora falta de respeto.

La dificultad aumenta en mí, porque no soy un hombre de la calle, sobre todo en estos días. Por lógica exigencia de mi ministerio sacerdotal estoy habituado a contemplar la Semana Santa desde dentro y clavando con firmeza mi atención en una perspectiva de la misma, que ni es de Valladolid ni de este tiempo, porque es del mundo y de siempre: la de la Pasión Redentora del Salvador. Y pienso más en la santidad de esa semana que en la Semana Santa en cuanto tal; más en Jesucristo que en sus imágenes sublimes; más en una Jerusalén que ya no existe que en un Valladolid, Sevilla o Murcia actualmente existentes. Me vence el Evangelio. Y nada hago por mi parte, porque no puedo hacerlo, para encontrar recursos en mi alma capaces de ofrecer resistencia a la fuerza arrolladora que hasta mí llega desde sus páginas sagradas. El arte, la piedad y los hombres; las calles y las plazas; los pinos de la llanura y el silencio litúrgico; los cirios encendidos y las madrugadas frías de abril; las noches temblorosas de emoción y los desfiles de los hombres pecadores; los "pasos" iluminados y los rezos colectivos de la compacta muchedumbre; las lágrimas en las mejillas o el rocío en las palmas del Domingo de Ramos... todo se me representa inmensamente pequeño, a pesar de su belleza, ante la grandeza única y divina del misterio que se conmemora: la muerte del Hijo de Dios para salvarnos y para dar una explicación satisfactoria a eso que atormenta mi alma igual que tortura la vuestra: el sentido fundamental del dolor y del pecado, del amor y la esperanza.

Permitidme, pues, que yo contemple esta noche la Semana Santa de Valladolid a través del Evangelio. Sólo así mis palabras podrán decir algo de lo que vean mis ojos.

* * *

El primer pregón de la primera Semana Santa de la Historia fué pronunciado, hace ya veinte siglos, también por un sacerdote, aunque su nombre sea desde entonces maldito y execrable: Caifás. Era el Sumo Sacerdote de Israel aquel año. Inmediatamente después del milagro de la resurrección de Lázaro, dice el evangelista San Juan que se reunieron los miembros del Sanhedrín, alarmados por la popularidad creciente de Jesús y dispuestos a tomar definitivas determinaciones. La tradición supone que este conciliábulo se celebró en una quinta que poseía Caifás fuera de la ciudad, al Sur, sobre el siniestro valle de la Gehenna, para que todavía hoy en los planos topográficos lleva el nombre de "Morite del Mal Consejo". (Rops: "Jesús en su tiempo", pág. 452.) En medio del tumultuoso ardor de las deliberaciones a que estaban entregados, llegó un momento en que se levantó Caifás y habló así: "No comprendéis nada; no reflexionáis que lo que conviene es que muera un solo hombre por el pueblo, en vez de que perezca toda la nación." Y añade San Juan: "Mas esto no lo dijo de propio movimiento, sino que, como era Pontífice en aquel año, sirvió de instrumento a Dios, y profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación judía, sino también para congregarse en un campo a los hijos de Dios, que estaban dispersos." (Jor. 11, 49-52.)

Imaginad que esas palabras, de Caifás hubieran sido pronunciadas en un tono de voz suficientemente alto y a la pública luz del día. ¿Qué más hubiera hecho falta para pregonar a los cuatro vientos la fecundidad redentora de la Pasión y Muerte de Jesús? Es cierto que él se refería de una manera directa e inmediata a la conveniencia política. Caifás estaba pensando en los romanos, a quienes no agradaría la posible alteración del orden público, y a la vez pensaba en él mismo y en su casta, para quienes existía el peligro de que,

producido el hipotético alboroto, perdieran sus puestos, dada la enérgica facilidad que tenían los hombres de la Roma Imperial para deponer Sumos Sacerdotes. Pero había también en sus frases, como subraya cuidadosamente San Juan, un segundo sentido que ni él mismo comprendió: el de la conveniencia teológica del sacrificio de Jesús para unir los destinos sueltos del mundo con el Dios de la unidad y del amor.

Pues bien, señores; éste es, a mi juicio, el motivo supremo de la belleza que se encierra en la Semana Santa de Castilla y de Valladolid. Es toda ella una maravillosa exaltación, en la que, sin perder la serenidad y el equilibrio indispensables, el pueblo capta con instinto religioso de primer orden la trascendente conveniencia, para la vida humana, de la muerte de un Dios que nos redime del pecado.

Y la expresa, puesto que se trata, no ya de un hecho que va a suceder, sino del gran drama que sucedió una vez y para siempre, la expresa, digo, con los sentimientos de la más conmovedora gratitud y fidelidad a lo que ha aprendido en el Evangelio. Gratitud y fidelidad al ambiente de aquella primera santa y desgarradora semana. Esto es el alma de Castilla cuando en la actualidad la conmemora. Y por eso, la seriedad hierática, majestuosa, sagrada casi; y el silencio trágico y colosal, semejante al que anuncia o sigue a las grandes tempestades; y la renovación espiritual de las conciencias, que se hace en esos días mediante una implacable acusación de todas las vergüenzas; y la participación de todos, hombres, mujeres y niños, en los ritos conmemorativos y en los cortejos procesionales, como si hubiera llegado la hora de pisotear con furia los respetos humanos de todo el año; y el exigir al predicador, que habla desde un púlpito desvinculado, esfuerzos sobrehumanos en los cinco o seis inacabables sermones, porque para referirse a la Pasión del Señor consideran, y no se equivocan, que está justificado todo, incluso el perder la garganta y los bronquios; y las voces destempladas e inarmónicas, únicas con las que se quiebra el silencio de la noche, de los que cantan acompañando a la Dolorosa o al Santo Sepulcro por las calles estrechas; labradores de Castilla cantando salmos en latín como el Miserere o plegarias a la Virgen que parecen romances de hijos que hubieran venido al mundo con el único destino de ofrecer consuelo a la madre en su desamparo; y luego, ante el monumento del Jueves Santo, o para adorar la Cruz el viernes, las genuflexiones fuertes, pausadas, ásperas como azadonazos en la tierra; y los bancos de la iglesia en penumbra, reservados para el Alcalde y los Concejales, el Juez de Paz y la Guardia Civil, de gala éstos y con su capa y su bastón aquéllos, contribuyendo, con los externos atributos de su cargo y su función, a que los niños de seis años fijen alternativamente la mirada en ellos o en las imágenes llorosas durante dos horas seguidas, la mañana y la tarde de estos días, de tal manera que su impresión ya no se les borrará nunca en su vida. ¡Aunque se hicieran ateos o aunque hubieran sido expatriados a Rusia! ¡Si yo he visto hombres que cuando iban a ser fusilados, en los días del Movimiento Nacional, lo único que pidieron al salir del pueblo en que habían vivido fué que les dejaran rezar una Salve a la Dolorosa de los Viernes Santos de su infancia y juventud...!

¡Semana Santa de los pueblos castellanos! La de Turégano, en Segovia, por cuyas calles empedradas y en cuesta, agazapadas a la sombra de un castillo que parece la Fortaleza Antonia de Jerusalén, avanzan diez hombres acompañando al "paso"... Unas andas pobres que han recogido el sudor de diez generaciones... En ellas, un Cristo desnudo y alto que casi pega en el alero de los tejados... Y los hombres, altos también, rígidos, desconectados del mundo, metidos en la capa como en una tienda de campaña, el cirio en una mano y la horquilla en la otra, con rostros que parecerían de sayones si no fueran más bien de Cireneos o de apóstoles Pedro dispuestos a desmenuzar la espada por defender al Maestro...

La de Medina de Rioseco, en el límite de la Tierra de Campos, donde los jornaleros de la llanura sin fin se transmiten de padres a hijos la obligación y el sagrado honor de llevar a hombros sus monumentales imágenes, y vibran con la tensión propia de los acontecimientos trascendentales cuando, llegado el momento, se disponen a sacar el "paso" de donde habitualmente se guarda, agachados, de rodillas casi, a ras de tierra las manos porque, si se levantan las andas, pega en el techo la imagen, rompiéndose los artejos que sangran contra el suelo, y diciendo a pesar de todo con amor: "¡A una! ¡A dos! ¡Ahora...!" Y se sonríen como niños pequeños cuando por fin ven a plena luz del día la cara bellísima de la Virgen que un año más va a pasear sus dolores por las calles de la villa...

Semana Santa de Tudela de Duero, de Villa-



bragima, de Madrigal de las Altas Torres, de Herrera de Pisuegra, de Tordesillas y Villalba de los Alcores, de Frómista y Astudillo; y la de las pequeñas aldeas de la montaña de Palencia y de León; y la de los pueblucos de adobe de Zamora y los Ayuntamientos de Soria y de Burgos... con sus iglesias, que unas veces parecen catedrales y otras cabañas de pastores... Con sus calles polvorientas o embarradas... Días de la Semana Santa en que los hombres se estremecen, las mujeres lloran, los niños andan como huérfanos, los mozos se reprimen, las chicas no miran, el señor Cura se cree como un emperador de las almas cristianas y hasta los gorriones se alejan del pueblo y pian tristemente a la orilla de los arroyos con vuelos cortos por entre las ramas de los chopos y los álamos. Dicen que hay excesiva violencia en esta tierra y que se acentúa demasiado el perfil de la tragedia con estos días. Dicen que Castilla, la de los duelos de viejas acurrucadas en torno al cadáver, exagera en la gran Semana la expresión de su piedad con un espiritualismo sombrío y feroz. ¡Qué calumnia, señores!

Porque yo pregunto si en aquella Semana Santa primera hubo algo más que violencia y tragedia de caracteres inauditos. Si ponemos a un lado a la Virgen María, manso río de dulzura y de pena, todo fué una desolación desgarradora, sólo que muy levemente atenuada por el gesto misericordioso de la Verónica, por la ayuda no espontánea del Cireneo y por la tardía reacción de dos apóstoles, más tres o cuatro indefensas mujeres. ¿Cómo se va a conmemorar con cierta exactitud aquel drama estremecedor sino con ese estilo agónico y atormentado con que lo hace Castilla? Si en la Pasión de Cristo únicamente hubiera habido eso, el beneficio generoso de la Redención, cabría adoptar como actitud, en su recuerdo, la del agradecimiento tranquilo y rebosante por el favor inmenso recibido. Pero, ¿cómo olvidar a la otra parte que actúa en el drama, al pueblo que vociferó ebrio de odio y de rencor? ¿Cómo olvidar no ya al pueblo judío, sino a los pecadores de todo el mundo y de todos los tiempos, también nosotros, que somos, con los demás, los que hemos crucificado a Cristo en el Calvario? Me atrevo a ver en esa interpretación, que el sentir de Castilla hace de la Semana Santa, un gesto no solamente reclamado por el carácter de los que aquí habitan, ya de por sí inclinado a la seriedad ascética y tajante, sino también exigido por una ancestral formación teológica disuelta en la sangre heredada de los antepasados. Sentirse pecador, y llorar y sufrir, y confesar el pecado, es condición indispensable para sentirse redimido. Dolor sin redención, sería la desesperanza y la amargura. Redención sin dolor, sería el escarnio y la bafa. Redención y dolor conjuntamente son el perdón y la gratitud. Eso es el hecho. Y eso es Castilla en el recuerdo de los hechos.

Hay algo, sin embargo, que también en Castilla, igual que entonces en Judea, se asocia a la Pasión de Jesús, conmemorada con mansedumbre y con ternura. ¿Sabéis cuál es? Es la tierra, la tierra ancha, esponjada y sin linderos. La tierra fué lo único que allá, en Jerusalén, se manifestó compasiva y amorosa, como si comprendiera el valor de aquella caliente sangre divina que caía sobre ella; y no le maltrató demasiado porque le permitió levantarse de cada una de sus tres caídas camino del Calvario; y se conmovió en sus entrañas misteriosamente agitadas a la hora en que Jesús murió; y ofreció un sepulcro nuevo en un pequeño jardín para recibir con cariño el cuerpo inerte del vencido. Y aquí, en Castilla, son también la tierra y el paisaje los que, en contraste con el semblante duro y las manos crispadas de los hombres, se ofrecen como un blando lecho, inmenso en su anchura; la tierra húmeda y casta de las mañanas de abril con rocío, los campos verdes ya, el horizonte seguramente nublado, la atmósfera ligeramente batida por el susurro del viento que parece un gemido; tierra augusta, solemne, litúrgica, silenciosa, abierta, sacrificada, doliente, virginal, fecunda, enlutada y temblorosamente conmovida a la hora del crepúsculo, cuando salen las procesiones de los pueblos balanceándose por entre las

callejuelas como espectros a la luz de la Luna y de los cirios.

Y si dejando los humildes pueblos, sumidos en su dolor, nos trasladamos a las viejas y orgullosas ciudades, encontramos los mismos sentimientos de gratitud hondísima al hecho de la Redención que se recuerda y fidelidad paradigmática a los sentimientos que lógicamente ha de despertar en caracteres humanos más propensos a la ardiente gravedad que a las blandas sonrisas. Es la hora de que el pregonero levante su voz para hablar de Valladolid, la vieja ciudad de Castilla y centro capital de la antigua España. La ciudad es la civilización; el pueblo, la naturaleza elemental y semilla; la ciudad es el organismo que filtra y depura; el pueblo es la masa de agua torrencial, caudalosa y turbulenta; la ciudad es la decantación artística y ordenada de los sentimientos; el pueblo, la anárquica y tumultuaria explosión de los afectos. El pueblo descubre, la ciudad enseña; el pueblo crea, la ciudad educa; el pueblo grita, la ciudad canta. El pueblo gesticula, se contorsiona, se agita... La ciudad llora, avanza, se refleja. Hablo de Valladolid, es decir, de la ciudad culta, universitaria, religiosa, amante de la ley y del orden, que era Valladolid cuando en el siglo XVII logra la primera Semana Santa de España, que es como decir la primera del mundo.

Valladolid entró en esa centuria abrumado por el peso de las dos anteriores, en las cuales habían ido sucediéndose acontecimientos capaces de configurar para siempre la fisonomía espiritual de una ciudad y de un pueblo. A la recia e indómita religiosidad de la Edad Media en esta tierra de señores de la Reconquista, se añadió una larga cadena de hechos que sacudieron las conciencias como un vendaval y las pusieron en impresionante ebullición de fe y comunión con Dios. Aquí había muerto en el cadalso don Alvaro de Luna, el omnipotente Condestable, que con su cabeza ensangrentada hizo sentir mucho más fuertemente que las coplas de Jorge Manrique la nadería de las grandezas humanas; aquí se había grabado para siempre en la retina de los ojos del pueblo la imagen de aquella doncella rubia, casada un día con Fernando en el Palacio de los Vivero, cuya incommensurable labor de Reina de España fué una apología sobrehumana de lo que pueden la fe y la presencia de Dios en un alma católica; aquí había nacido Felipe II, el monarca idolatrado de la serenidad inalterable, cuyo largo reinado estuvo sonando a los oídos de los españoles como el tañido de una campana que cubría la tierra invitando al ascetismo y la oración; aquí los autos de fe contra el doctor Cazalla y las monjas atrevidas en exceso; aquí la Chancillería, primera audiencia del Reino, y la Universidad con sus estudios de abolengo pontificio, y el Colegio Mayor del Cardenal Mendoza; aquí las repetidas andanzas de Santa Teresa de Jesús, fundadora que dejaba un reguero de gloria celestial por donde pasaba; aquí la última mirada de Cristóbal Colón, de quien hasta los chiquillos y rufianes hablaban, uniendo su nombre sonoro a las empresas de evangelización de aquellos nuevos mundos por los cuales ¡también había derramado Jesucristo su sangre en el Calvario...!

¿Qué mucho que cuando se abre a la historia el siglo XVII, el siglo de Felipe III el piadoso, que de nuevo traslada su Corte a Valladolid, el siglo del barroco tan poderoso y rico en sus expresiones artísticas, surja aquí el testimonio más espléndido del arte religioso en las imágenes de la Divinidad que nos redime? Creo que es indispensable tener en cuenta estos antecedentes a que me he referido, con toda su fuerza arrolladora, para poder explicarse satisfactoriamente la aparición de la Semana Santa vallisoletana de aquel entonces. Esto no se improvisa, señores, en quince o veinte años. Esto tiene que ir preparándose con la calma y el reposo de las transformaciones geológicas, si bien aquí se trata de la geología del espíritu. De no haber sido así, Valladolid no hubiera tenido fuerza por sí mismo para hacer nacer de nuevo al extranjero Juan de Juni; ni para atraer a Gregorio Fernández, oriundo de Galicia; ni para ofrecer asiento al inquieto y renacentista Alonso Berruguete. Pero sucedía que en aquellos hombres de la época, Alcaldes del crimen y Oidores de la Audiencia, Abades de San Benito y frailes de San Francisco, Regidores y Letrados, Maestros de Prima o Tercia de la Universidad, clérigos de la Colegiata ya convertida en Catedral, arquitectos, comerciantes, aristócratas y plebeyos, corría por sus venas tanto como la sangre el espíritu religioso del tiempo, nutrido con la exuberante evangelización de la América antes descubierta, con las afirmaciones de los teólogos de Trento, con la pompa fastuosa de la doctrina y la alegoría de los Autos Sacramentales, con el recuerdo de guerreros como don Juan de Austria, que por estos campos había hecho brincar y correr su prometedor adolescencia. Valladolid se sentía centro de un mundo nuevo, en el que se había llegado a considerar posible la instauración de una Monarquía universal para que todos los pueblos del planeta rindieran vasallaje a Cristo Redentor. La influencia de los místicos y escritores ascéticos moldeó la conciencia de las gentes de esta tierra martilleando sin cesar sobre su frente dos ideas cumbres, que inmediatamente tendrían su expresión en el arte. Por los místicos, al estilo de Santa Teresa de Jesús, la idea de un Dios accesible y cercanísimo, con el que el alma puede lle-

gar a tratar en el plano de la más asombrosa naturalidad; y por los reformadores ascéticos, el pensamiento profundo de la inanidad de las cosas humanas y el sentirse hombre pecador y vencido por una reacción de doliente gratitud a nuestro Señor Jesucristo. A los talleres de arte que aquí abrieron los tres colosos de la imaginaria, Berruguete, Juni y Gregorio Fernández, llegaban estas ráfagas fuertes y clamorosas de la conciencia de la calle y empezaron a surgir cultivados por la gubia y el amor, con la abundancia con que crecen los árboles en el bosque, no ya las imágenes en quietud propias del retablo fijo e inmóvil, sino los "pasos" expresamente ideados para la calle y la plaza, porque así se expresaría mejor la mística familiaridad y confianza tan de continuo presentada como un ideal de la piedad mejor. Mas, ¿qué misterios serían los más aptos para ser conmemorados? Ahora intervenía la ascética, avasallora y dominante. El Imperio español empezaba a cruzir en sus cimientos. Se desvanecían los sueños de universal grandeza y dominio. Se percibía ya la respiración fatigosa del gigante vencido. Felipe II había muerto poco antes en el Escorial, hundido en la nada su cuerpo putrefacto, al igual que su Escuadra se había hundido para siempre en el tenebroso abismo de los mares lejanos. El protestantismo había ganado definitivamente inmensos territorios.

No era momento oportuno para que este pueblo dolorido se entregara a líricas y tiernas efusiones religiosas, a propósito para conmemorar el nacimiento del Niño Divino o para pintar rostros dulcísimos de Virgenes italianas. Dar expresión artística al sentimiento religioso, motor principal de tan descomunales empresas como las que se habían llevado a cabo, y dársele en una forma majestuosa, potente, extraordinaria, sería, si, una compensación a tantos y tantos frustrados anhelos. Pero se inclinaria espontáneamente por la vertiente del dolor, y el alma del pueblo, cansada ya de lo humano y llena de discreta sabiduría, acudió a refugiarse en la Pasión de Cristo como en aquello que no falla y cuya íntima significación había sido la razón suprema de tantos esfuerzos. El pueblo se entregó aquí a su última aventura religiosa: realizar plásticamente, a través de la escultura y la liturgia, la soberana y quiétesca o apostólica aspiración de otro tiempo: que el mundo entero fuera redimido por el Señor y que todos los hombres le pidieran perdón y le manifestaran su ferviente gratitud. Por eso surgieron, rivales y en poco tiempo, como un brusco salto de las aguas remansadas que no quieren morir, las cinco famosas cofradías de la Piedad, la Cruz, el Nazareno, la Pasión y las Angustias; por eso los centenares y millares de hermanos, acompañantes de luz unos y disciplinantes otros, confundidos menestrales y ricos hombres; por eso, sobre todo, el pacífico ejército de los Cristos tumefactos y lívidos como el Jesús atado a la columna de Gregorio Fernández, que mira a los hombres con una infinita tristeza...; o el clavado en la cruz de Juan de Juni, que parece doblar la cabeza para sostener mejor sobre sus hombros el peso de un mundo sumergido en el pecado...; o los yacentes que se guardan en los Conventos de Santa Catalina y Santa Ana, que parecen esculpidos a fuerza de besos, con su frente hermosísima, sus ojos aún vivos, los labios entreabiertos como si quisieran invitar a abrazarse con ellos para poder sentir la rara y divina delicia de enamorarse de la muerte...; y el Cristo de la Luz, la Perla, caudaloso océano de serenidad y de amor, libre de todo retorcimiento angustioso, todavía puro y fragante como un lirio nacido esta mañana, evocador de las más impalpables y sutiles bellezas del Evangelio, porque en su rostro se refleja a la vez la agonía de la cruz y el sermón de la Montaña y el diálogo con Nicodemo; Cristo de la Luz, perdonador y manso como un cordero, señor de las pasiones y del querer humano, ante el cual un incrédulo que le contempla a solas se postra de rodillas diciéndole: ¡Tú eres la luz, el camino, la verdad y la vida!...; y el grupo escultórico del Descendimiento, enorme de expresividad en el conjunto de sus siete figuras, que llega a dar la impresión de que todo el taller de Gregorio Fernández se ha echado a la calle y danzan por los aires de la ciudad el fervor, la fantasía creadora y la conmiseración activa de aquel genio, a quien se le vio alguna vez llevando el estandarte de los artistas en la Cofradía de las Angustias; "hombre —dice García Chico— bueno, caritativo, que ayunaba y se disciplinaba con harta frecuencia y en las horas de reposo gustaba de la lectura de libros devotos, particularmente los de Fray Luis de Granada y los del P. La Puente, a los cuales acudía cuando llegaba el encargo de un paso"...; y con los Cristos y las Verónicas y los sayones, el cortejo arrebataador de las Virgenes, esas dos imágenes de la Piedad, la de San Martín y la del Museo, con las manos abiertas en actitud de recibir consuelo, y recibéndolo, darlo para siempre a todos los desterrados hijos de Eva; con la mirada perdida en una lejanía inabarcable tan ancha como el mundo, con el hijo en su regazo como si estuvieran dando a luz y sintiendo ahora el dolor vivísimo de que se viera libre la Virgen aquella noche de Belén en que cantaron los ángeles...; y la Dolorosa de la Vera Cruz, sola y abandonada, mirando al cielo, clavada en el corazón aquella espada que profetizó el anciano a las puertas del Templo, suavísima, maternal, transfigurada en su dolor como si el martirio la hubiera hecho más pura, capaz de levantar en el alma de todas las Marias Magdalenas de la vida rota un deseo

de castidad y de pureza que venga a lavar las rojas manchas de su lascivia y su locura; y de poner en el espíritu de los hombres brutales, egoístas y llenos de instintos de hiena, ansias de retorno al paraíso perdido de la infancia, cuando eran niños pequeños que se gozaban sin malas pasiones, únicamente en el amor de la madre...; y luego, esa portentosa talla de Juan de Juni, la Virgen de los Cuchillos, la de las Angustias, Señora de Israel en su más alta plenitud y matrona europea, en la que parece que se han replegado abrumándola sin poder vencerla del todo los dolores y las penas de toda la civilización cristiana, herida, golpeada, rota y dispersa a lo largo de veinte siglos; la cristianidad no siempre fiel a sus destinos, que ha declarado guerras y producido crímenes y herejías y se ha entretenido con despojos de la túnica sagrada del Hijo, jugando a los dados mientras El agonizaba; todo está ahí, en ese semblante desgarrador que llora de dolor por el Hijo muerto y de sorpresa inaudita por los hijos vivos, Caines de todos los tiempos, agitados por la perversidad, que tan impiadosos han sido con el Abel que ella nos regaló. Cuenta la historia que cuando Juan de Juni se dispuso a esculpir, "tomó la Biblia, se fué en derechura a buscar los Trenos de Jeremías y leyó: La Señora de las gentes ha venido a quedar como viuda. Las lágrimas de sus ojos corren por las mejillas de su rostro. No hay quien la consuele. La desprecian. Y ella, gimiendo, se ha vuelto hacia atrás". (Bosarte—citado por Mendizábal en "Recuerdos y Grandezas.—Arte e Historia de la Vieja Corte de España".) El pueblo, sin embargo, más amante de la leyenda que del rigor histórico, ha señalado otra fuente de inspiración más humana que la Sagrada Escritura, y dijo que el artista había trasladado a la imagen el espantoso dolor que retorcia su alma por aquel entonces, porque había visto morir sumida en las mayores angustias a su propia hija. Sea de ello lo que fuere, el hecho cierto es que logró hacer patente, con el huracán de su sentimiento alborotado, toda la fuerza del drama de la Redención, en que Dios asoció consigo mismo a la Humanidad, representada en aquella mujer que llamamos María. La Virgen de las Angustias es el dolor sin disimulo ni bálsamo que amortigüe, el dolor vibrante, tenso, clavado como la hoja del acero; el dolor hecho alma y cuerpo. Una cosa hay, sin embargo, que no aparece: la desesperación. La raya no ha sido traspasada. Hay majestuosidad desconcertante que obliga a enarcar las cejas y a suspender la respiración; otra cosa, no. La llamarada del dolor de esa Virgen de los Cuchillos sería nuestra si pareciera que la había obligado a decir "¡no puedo más!..."; pero no, es más bien un fulgor de otro mundo que invita a pensar: ¡Así es de fuerte el cristianismo! ¡Ni la Madre de Dios se libra de sufrir! ¡Ella, la primera!

Se comprende, señores, que cuando en Valladolid llegaba la Semana Santa, la ciudad entera temblara de emoción, y al salir al aire libre estas imágenes se llenaran de electricidad religiosa las viejas calles del Cañuelo, Cantarranas, Platerías, Lonja, Plaza Mayor, la Boariza, Orates, las Damas...; sobre cuyos tejados las torres de sesenta Iglesias juntaban sus cruces, componiendo en el cielo otro cortejo procesional parecido al de la tierra. Aquí venían a sentir el contagio de la fe, tan maravillosamente expresado por medio de la devoción y del arte, gentes de los pueblos y provincias vecinas, comerciantes extranjeros de las ferias de Medina, capitanes y soldados de los Tercios, frailes de las misiones de las Indias, almirantes, condestables y magnates, embajadores de Europa, y hasta se daba el caso de que en 1605 el Rey Felipe III contemplara devotísimo los desfiles del Jueves Santo acompañado por su esposa Margarita, que, al día siguiente, viernes, daba a luz al hijo varón tan fervientemente deseado.

Pero llegó un momento en que el sol sí que se ponía en el Imperio español. Tanto se puso, que las sombras cubrieron con sus crespones a esta ciudad, antigua Corte de España, vieja y triste ciudad que en el siglo XIX jugó a ser progresista sin entender el juego, y lo único que ganó fué... ¡la Estación del Norte! Porque el Pisuerga ya lo tenía; y la Universidad, y los Palacios de sus calles castellanas, y la Catedral a medio hacer, y la Audiencia, donde se hace la justicia. Todo esto ya lo tenía...; y también terrenos, anchos terrenos, enormes solares en donde levantar alguna que otra fábrica. Lo demás, ¿para que sería?

En algunas Iglesias, a las que no llegó la garra de la desamortización; en pequeños templos pertenecientes a las Cofradías penitenciales que sobrevivieron, como el de las Angustias, la Cruz y el Nazareno; o quizá en los desvanes y sótanos de un Museo que de tal no tenía más que el nombre, habían ido quedando, avergonzadas y heridas, como restos dispersos de un ejército en derrota, imágenes y símbolos, andas y carrozas, figuras y atributos, que yo no sé si eran, en efecto, los últimos vestigios del glorioso desfile de antaño o más bien todavía las cuerdas de aquella hermosa lira del poeta que estaban esperando la mano que supiera pulsarlas. Esta llegó en el año 1923, prendida del brazo pequeño y robusto de un Arzobispo de origen vascongado, don Remigio Gandasegui, que en sus anteriores Pontificados, por tierras de las dos Castillas, había enriquecido, aún más de lo que por naturaleza era, su espíritu señorial

y guerrero. Hombre de grandes determinaciones, tan ágil de entendimiento como abierto de corazón, impetuoso y vivo, supo captar en seguida la riqueza inmensa que aquí se encerraba, y ayudado por colaboradores eminentes, como don Francisco de Cossío y don Agapito Revilla, creadores y padres del mejor Museo de Escultura Religiosa del mundo, y don José Zurita, ilustre canónigo de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, que terminó en deán, como hubiera podido terminar en almirante, si esa hubiera sido su carrera, lanzó a la calle otra vez estas maravillosas imágenes, que para la calle habían nacido; y entonces, señores, se dió el caso de que en los andenes de la Estación del Norte, única conquista de Valladolid en el progreso material del siglo XIX, empezasen a descender viajeros de todos los países que venían a nuestra ciudad para caer rendidos de admiración ante las manifestaciones del progreso espiritual ¡de los siglos XVI y XVII!

He podido ver una larga colección de guías de Semana Santa en nuestra ciudad, y de entre ellas me he fijado particularmente en la del año 1924. Es la primera que se publica, de acuerdo con el intento de restauración que anima a todos. Ya vivíais aquí muchos de los que escucháis. ¡Cuántos recuerdos suscitan esas páginas amarillentas editadas en la Imprenta de la Casa Social Católica!

Ya en el prólogo empiezan a hablar del antiguo poderío, de la vieja prosperidad, de las gloriosas tradiciones de antaño. Escriben sobre temas religiosos de la Pasión: Manuel de Castro, Obispo de Segovia; Gregorio Amor, José Zurita, Lorenzo Rodríguez, Cipriano Fernández Hija y otros muchos... Hay composiciones poéticas de Lope Mateo, Pedro Gobernado, Escanciano... y sonetos de Leopoldo Cortezoso... artículos eruditos de Francisco Mendizábal y Saturnino Rivera Manescau... Todavía se dice, para situar, por ejemplo, la Iglesia de la Cruz: *testera de la calle de Platerías*... Y cuando enumera las personas que ocupan los primeros cargos, dice así: Presidente de la Audiencia, señor Jarabo, sin más nombres ni apellidos. Es deliciosa. Y aparece el orden de los cultos de aquellos días de la Semana Santa. Poco más o menos como ahora. O como antaño. Y las procesiones que van a salir. Y fotografías. Muchas fotografías de las imágenes y los "pasos". Es la mejor Semana Santa de Castilla, dicen. ¿De Castilla sólo? Unos dirán más y otros dirán menos. ¿La mejor Semana Santa? No. No es la mejor. Es... la Semana Santa de Valladolid; esto es bastante.

¿Pensarían aquellos hombres de hace treinta y un años que íbamos a llegar al esplendor alcanzado en éstos de 1950 al 55? Creo que sí. Bastó que se celebrara esa Semana Santa de 1924 para que en seguida se viera que el pueblo había respondido. Y con el pueblo, las piedras, las calles y las torres. Valladolid acogió sus procesiones como una madre que recobra a sus hijos perdidos. En la sangre de los habitantes de hoy resonó el grito de la de los antepasados de ayer. Y como antiguamente se oía el ruido de gubias y cinceles, así ahora empezó a oírse el de los que exhumaban viejos pergaminos de las Cofradías venerables y el de los que, no teniendo otra prosapia y abuelo, se amparaban, medrosos por juventud, aunque valientes por fervor, en la gloria vieja de los "pasos", que a todos esperándoles estaban, porque para todos había; ¡tantos y tan buenos eran los que nuestros mayores no habían dejado! Y aparecieron Cofradías nuevas, nuevas sólo en lo exterior, antiguas en sus maneras y en su espíritu: que no se pierden tan fácilmente la casta cuando los progenitores son nobles de verdad. El mismo fervor, la misma seriedad, igual gratitud, idéntica fidelidad al Evangelio, los mismos sentimientos, altos, graves y serenos. La Semana Santa de Valladolid, sin perder nada de su fuerza y dramatismo, ganó mucho en ritmo y elegancia, en unidad y movimiento ordenado, en cortesía sin profanidad, en brillo fastuoso sin fulguraciones estrepitosas ni hirientes. Se oyeron los Conciertos Sacros, imitados por otras ciudades después, en alguno de los cuales precisamente resonó la lira aquella de las cuerdas dormidas, incorporando con sus notas, a la ciudad que no sabía cantar, la mejor música que Europa ha compuesto en honor de la Pasión de Jesucristo... los días todos de la Semana se vieron llenos de conmemoraciones y cortejos...; el Jueves Santo se hizo mucho más puro y luminoso, porque la Eucaristía es el más rico manjar apeteído en la Ciudad de la Gran Promesa...; y apareció ese Viernes Santo colosal y sublime, como un Himalaya del fervor popular, el arte y la liturgia unidas.

El Viernes Santo de Valladolid en nuestros días es un prodigio de estética del sentimiento cristiano. Se ha dicho con harta frecuencia que la Religión de Jesús era triste y sombría, y que obliga a los hombres a caminar por un paisaje de tumbas y cipreses. Que vengan los que así hablan a Valladolid, el Viernes Santo. Se les presenta la más alta ocasión de comprobarlo, porque es el día en que se conmemora el acontecimiento de la suma tristeza. Verán a un pueblo enfrentado con la idea del pecado y de la muerte, lleno de gozosa serenidad, de humilde contrición, de clara valentía. De ese Viernes Santo saca fuerzas media Castilla para que sus hombres puedan decir, a la hora de la muerte, como el poeta Paul Claudel: "Dejadme, no tengo miedo a morir; sé que muero en paz y en gracia de Dios."

Primero es la grandiosa liturgia de los Oficios en la Catedral, donde el Lignum Crucis se nos ofrece como árbol de salvación.

Es después el Sermón de las Siete Palabras, al aire libre, en la Plaza Mayor, fuera de todo estrecho recinto, como si se quisiera conectar directamente con el cielo de Jerusalén. Millares y millares de hombres, quietos, o deambulando por las calles adyacentes, exactamente igual que entonces, escuchando las últimas palabras de Jesús, de las cuales, dos, sobre todo, hienden los aires y atraviesan el pecho: aquella de "¡Perdónalos, que no saben lo que hacen!"; y la otra dirigida al buen ladrón: "¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso!" Las dos emocionantes, porque todos necesitamos el perdón como el aire y porque todos hemos sido ladrones de los derechos de Dios que con nuestra vida pecadora hemos robado... Ese espectáculo de la Plaza Mayor, siendo antiguo como de la Edad Media, tiene un no sé qué de moderno, de terriblemente moderno, como hecho para una época que tanto gusta de las Asambleas mundiales, las cuales suelen terminar en el fracaso porque falta en ellas la voz de Jesucristo.

Luego, al filo de las tres de la tarde, la Procesión de los Docentes, con el Cristo de la Luz, salmodiando el "Miserere"; togas, mucetas y birretes doctorales brillan con el fulgor del sol y avanzan por las calles del breve trayecto hasta la Catedral, donde rezarán el Vía Crucis. Es la hora en que la humana sabiduría se postra de rodillas ante el Dios de la Verdad.

La fachada de la Universidad, con sus piedras vetustas, contempla el desfile y parece como si se avergonzara un poco de todos los extravíos en que han incurrido a veces las falsas enseñanzas de los hombres.

Y por fin, tras una hora escasa de descanso, empieza el incesante ir y venir de los cofrades por las calles. Llevan las túnicas y capirotos sobre el brazo; otros van vestidos ya. Sus hijos pequeños les han visto salir de casa y les han dado un beso con un poco de extrañeza. Se acerca el gran momento. Los "pasos" van saliendo a las puertas de las iglesias. Han terminado los Maitines de la Catedral y los canónigos, siempre previsores, se dirigen a tomar posiciones. Aoman ya las primeras carrozas por Cantarranas o por Alonso Bertrugete. Las aceras son un hervidero de niños y de mujeres que no se sabe de dónde salen. Están atestados balcones, puertas y ventanas. En las tribunas de la Plaza Mayor, Embajadores, Ministros, Académicos, turistas de Suecia, de Norteamérica, de Japón, de Australia, de Africa del Sur. El crepusculo. Es la hora. Llega el Arzobispo. Empieza el desfile.

Y se pone en marcha, señores, el gran cortejo procesional de los veintitantos "pasos"; esa colosal representación que, si un día se quemaran todos los libros del Santo Evangelio, bastaría ella sola para que un nuevo Lucas Evangelista describiera otra vez la Pasión del Señor sin omitir el detalle de sangre en el Huerto de los Olivos... Redoblan los tambores, suenan los clarines y no deja de reinar el silencio... Las calles estrechas se han ensanchado, porque el oleaje de la muchedumbre ha derribado los muros... Cae la noche... La procesión avanza... Ya da vuelta a la Plaza Mayor y enfila la calle de Santiago... Todo es mirar, mirar, mirar; suspenso el corazón, contenido el comentario... Miran los Ojos de Cristo al pueblo con mansedumbre que no es humana... Miran los ojos del pueblo a Cristo con amor que casi es divino... Miradas de millares de niños purísimos, de mujeres cansadas, de hombres sometidos y entregados... No son las carrozas, ni los claveles, ni las rosas de abril, ni las luces, no... No son las túnicas multicolores, ni las bandas de música, ni los guiones y estandartes... Ni siquiera son las tallas de los "pasos"... Es más, mucho más... Lo que avanza y desfile por esas calles son cuatrocientos años de piedad y de fe, de perdón y misericordia, de errores y luchas, de apostasía y retorno, de espíritu, espíritu religioso de Castilla sabia y creyente, que, cuando presintió que llegaría un día en que se iba a quedar sin Imperio y sin Océanos, sin oro y sin Condestables, recogió todas las energías que le quedaban y las volcó, despilfarrándolas en un homenaje estremecido al Cristo del Calvario, por el cual, a pesar de los pecados de sus hombres, había luchado con frenesí, segura de dejar para la posteridad un testimonio invencible de que, cuando se pone el alma al servicio de un ideal tan sublime, no hay racionalismos ni políticas materialistas capaces de impedir que las piedras del Sepulcro se rompan, y vuelvan otra vez a tomar posesión de la calle, con la naturalidad que corresponde a los antiguos dueños, la imponente seriedad y el altivo dominio y la tranquila fe... Vedles, vedles, allá van los Congregantes, limpios; los Joeistas, decididos; los de la Piedad, sencillos; los de las Siete Palabras, arrogantes y altivos; los de la Preciosa Sangre, seguros; los del Nazareno, enérgicos; los del Descendimiento, inquietos; los de la Cruz, venerables; los de las Angustias, señoriales y orgullosos de su prosapia... Por las esquinas y en balcones hay hombres que durante el año no rezan y esta noche le dicen cosas al Señor, tan secretas y tan íntimas, que ni siquiera su mujer las conoce; son obreros ferroviarios de las Delicias, hortelanos de Santa Clara, albañiles de la Magdalena y San Juan, médicos que no creían en

el alma, abogados que se llamaban izquierdistas, comerciantes que se reían de Zaqueo, liberales que aún tienen en su casa retratos de Espartero, de Prim, de Canalejas... Y de repente un grito sofocado y explosivo: ¡La Virgen! ¡La Virgen de las Angustias! ¡La que hizo temblar y llorar a Juan de Juni al esculpirla! ¡La del patetismo insuperable! Va acompañada de todos los millores de vallisoletanos que han vivido y han muerto desde que el escultor la creó... Lleva sobre sus ojos la mirada de todos los moribundos, de todas las madres desamparadas, de todos los hijos huérfanos. Reina de los dolores, Señora de las gentes, Emperatriz de la fe, Montaña de la amargura, Abismo de la contemplación, Castillo de la fortaleza... ¡Quieto todo el mundo, que pasa Ella siguiendo a su Hijo! ¡Se le han robado! La bravura de su instinto maternal que quiere recobrarle, lucha con sus entrañas de misericordia que quieren regalarle a los hombres Y vencen éstas, por fin, sobre aquéllas, y por eso se echa hacia atrás y mira al Cielo y pide desgarradamente que por lo menos los nuevos hijos la acompañen... Y la acompañan, sí. Vedles, sí podéis; mirad cómo acuden presurosos por todas las calles, rompiendo ya el orden y el silencio. Van con Ella, se adelantando, la esperan... Y cuando llega a ese templo de las Angustias, que parece la casita en que Ella se refugió en Jerusalén, después de muerto su Hijo, la rodean con una escolta de entrañable amor y hacen que se rindan ante Ella sayones, verónicas, apóstoles, verdugos, centuriones romanos, Magdalenas y Marías... Y desvanecen la negrura de la noche con el claro fulgor de una plegaria cantada por todos, en la cual—¿dónde están los que hablaban de tumbas y cipreses?—las almas se derraman al exterior con acentos de firmísima esperanza: "¡Oh, Clementísima! ¡Oh, Piadosa! ¡Oh, dulce Virgen María!" Una plegaria en la cual—¿dónde están los que hablaban de extremada dureza?—todo es un requiebro de la más lírica ternura: "¡Vuelve a nosotros, esos tus Ojos misericordiosos! ¡Vida, Dulzura y Esperanza nuestra!" Una plegaria en la cual—¿venid conmigo los que conmigo hablabais de fidelidad al Evangelio!—cada una de sus frases encierra tanta teología como la Suma, de Santo Tomás de Aquino, gratitud, pesar, confianza: "¡Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo!" La fidelidad al Evangelio llega a tan exquisita finura que, ¡ya lo véis!, al igual que, cuando murió Jesús, la pequeña comunidad cristiana, arrepenida y anhelante, no excluidos los apóstoles, se agrupó en torno a María, sólo en su amor confiada, así aquí, terminada la Procesión del Santo Entierro, la ciudad se acoge a los brazos maternales de la Virgen, segura de que con Ella puede esperar la resurrección. ¿Quién ha ordenado que en Valladolid se hiciera así? Nadie. Es una consecuencia espontánea de la compenetración del alma del pueblo con el Evangelio en que creyó y en el que cree: ¡Eso es la Semana Santa de Valladolid, vieja Corte de España!

* * *

Debo terminar, señores. Cumplido está el encargo. Pero yo no puedo retirarme de aquí sin añadir a mi Pregón una palabra que ya no es mía. Es del pueblo. Y la he recogido en mi deambular por Iglesias y mercados, por oficinas y plazuelas. Es la voz del pueblo agradecido, que se levanta y dice: "A vosotros, Arzobispos Remigio Gandásegui y Antonio García; Alcaldes Funoll, Ferreiro y González-Regueral; Gobernadores Rivero, Romojaro, Alonso Villalobos y Muñoz Calero; Rectores de la Universidad, Calixto Valverde, Echavarrri, Mergelina y Díaz Caneja; escritores, artistas, críticos y técnicos, Cossío, Martín Abril, Agapito Revilla, Candeira, Zurita, Francisco Antón, Mendizábal, García Chico; hombres todos de la Junta de Semana Santa, conducidos por ese Capitán de los Tercios, Ramón Pradera, organizador infatigable, nervios de acero, trabajador meritísimo, digno de que un imaginero de la antigua escuela le inmortalizara, tomándole como modelo para figura de algún "paso"; a vosotros, ¡gracias! Porque merced a vuestros desvelos hemos comprobado que Dios no se deja ganar en generosidad, y ahora resulta que aquella ciudad que tan grandiosamente realizó su Semana Santa, perdido el Imperio de la tierra, ha logrado con ella, dando el tiempo, un nuevo Imperio del espíritu."

Gracias a vosotros, Valladolid, llevando a cuestras su Semana Santa con amor y con piedad, como se lleva la Cruz de Jesucristo, tiene un nombre en el mundo. Los carteles y folletos que anuncian la gran festividad litúrgica se encuentran en los hoteles cosmopolitas de Londres, Nueva York y El Cairo; en la salita de lectura de los trasatlánticos de lujo, que hacen cruceros de placer por el Mediterráneo; en los aviones que vuelan sobre el Atlántico. Y hasta es posible que el corazón de alguna mujer anglicana de la fría Inglaterra... el alma indiferente de algún turista norteamericano... la conciencia perturbada, en fin, de cualquier hijo de este siglo... empiecen a sentir el amor a Jesucristo, cuya Pasión y Muerte será, por los siglos de los siglos, el supremo acontecimiento que da vida a la Humanidad e ilumina a la Historia en su marcha solemne y misteriosa hacia su último destino,

HE DICHO.

